

**REVISTA**  
DE LA  
**UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ**

---

---

Tomo VI

Lima, Abril-Mayo de 1938

Número 1-2

---

---

**LA HISTORIA EN EL PERÚ (1)**

*Por RUBEN VARGAS UGARTE, S. J.*

*Decano de la Facultad de Letras de la Universidad*

Al aceptar el honroso encargo de pronunciar la Oración Inaugural del curso de 1938 concebí el propósito de hacer de ella la primera lección de mi Cátedra y, tal vez, la más importante. Vosotros, alumnos, resultaréis beneficiados y el distinguido público que me escucha no llevará a mal, sin duda, la elección del tema, tratándose como se trata de un asunto de interés para todos, cual es la Historia Nacional.

A fin de no abusar de vuestra indulgencia no desenvolveré con toda amplitud algunos de los puntos de esta disertación pero me esforzaré por ser lo bastante claro en las conclusiones, precisando mi pensamiento y suficientemente extenso en la exposición para que no se me tache de dogmatista.

No es la predilección del especialista sino el buen sentido el que me induce a decir que el estudio de la Historia es uno de los más bellos y al mismo tiempo uno de los más útiles al hombre. Aristóteles, hablando del interés que despierta el drama, lo explicaba diciendo que nada hay que conmueva tanto al hombre como el mismo hombre. Por idéntica razón nos atrae a todos la Historia. En ella no es ya el hombre el que entra en acción sino la humanidad, entera o parcialmente, evocada y hecha actual, como en el

---

(1).—Discurso pronunciado en la inauguración del Curso Universitario de 1938.

drama, por el arte del historiador. A nuestra Historia no le faltan estas cualidades, antes bien, sin pecar de exclusivos, podemos afirmar que es honrosísima. ¿De donde, pues, procede, el desdén con que la hemos mirado? Y mi pregunta, señores, no es una acusación infundada ni un cargo gratuito. Basta para convencerse de ello el recordar que aún carecemos de una Historia del Perú completa. Visitando la Universidad de Córdoba, el más antiguo centro de estudios superiores de la Argentina, me rogó el Catedrático de Historia de América, le indicase la Historia del Perú que podía consultar. Hube de contestarle sencillamente que no la había e instado, porque al menos le señalase un buen Curso Superior, abochornado le contesté que no lo conocía. Me parece que no falté a la verdad.

Las causas de este retraso son varias y luego las examinaremos, pero antes permitidme que me detenga unos instantes para poner en claro lo que se debe entender por Historia, ya que, por desdicha, en esta parte como en otras muchas, existen muchas aberraciones y se han dicho y dicen muchas necedades. Adelantemos que la Historia es la *realidad* y ésta no es como nosotros nos la imaginamos o concebimos sino sencilla y simplemente como ella es. El espíritu humano se ha complacido morbosamente en darle ser a sus propias concepciones, pretendiendo en vano que las cosas se ajusten a sus ideas y no las ideas a las cosas. De allí el sinnúmero de opiniones y de teorías que se emiten sobre cualquier punto, aun sobre los más claros y de todas las cuales habría que decir lo que decía Poincaré, aludiendo a las científicas: "Nacen esplendorosas un día; al segundo son clásicas; al tercero anticuadas; al cuarto ya nadie se acuerda de ellas". Les faltaba una cosa para eternizarse: la verdad.

Con la Historia ha sucedido algo semejante. Se han dado de ella muchas definiciones; se la ha concebido en esta o aquella forma; el último innovador ha creído haber dado en el blanco y ha hecho mofa de sus predecesores, pero entre tanto hay que convenir que la Historia es una como la realidad es una y que ella no puede depender de nuestras ideas ni es posible moldearla a nuestro talante. Empezemos por deslindar los campos y afirmar que la Prehistoria no es la Historia. A aquella la denominaba acertadamente el insigne Menéndez y Pelayo: "La Tentativa de poner Historia

donde no había Historia". Y, en efecto, para reconstruir el pasado y hacer que reviva la realidad que fué, es necesario de todo punto que los hechos hayan dejado tras sí una huella bastante auténtica y fidedigna, por donde con diligencia pueda el historiador reproducirlos. En la Historia no tiene cabida la hipótesis. Confirmaré lo dicho con esta cita de Weiss: "El querer trazar la Historia de pueblos como los Cretenses, Heteos, Etruscos y otros cuya escritura no se ha logrado todavía descifrar, haciendo combinaciones con sus mudas reliquias hasta pretender establecer, sin más fundamento que el de unas cuantas piedras y diseños, su religión, sus costumbres y hasta su mentalidad, es intento enteramente temerario que no puede ir a parar a otro resultado que a creaciones fantásticas, indignas del nombre de Historia, cuanto más del de Ciencia Histórica".

Enumeremos ahora las diversas definiciones que se han dado de la Historia. Hegel la redujo a un proceso lógico: el hombre se mueve por el Ideal y forja él mismo la realidad. Marx, en cambio, no ve en toda ella más que un proceso económico y materializa toda actividad humana, sujetándola al factor producción. Ni uno ni otro estaban en lo cierto, porque el hombre ni es puro espíritu ni sólo cuerpo. La pretensión científica unida a las teorías entonces en boga de la evolución, intentó aplicar también a la Historia sus leyes y no vió en los acaecimientos humanos sino las fases obligadas de un proceso que hacían inevitable las conocidas influencias del medio ambiente, del momento, de la raza. En abierta contradicción con los hechos y, sobre todo, con el indudable influjo de la voluntad libre, hubo de ser rechazada esta concepción de la Historia, aun cuando ella sirviera para darle al ambiente toda la importancia que en realidad tiene en los sucesos históricos. Max Nordau, confundiendo Historia con Sociología, negaba a aquella el título de ciencia a menos que tuviera por objeto el estudio de los hechos colectivos, los únicos que en su sentir, podían ser materia de la investigación científica. A este tenor se suceden las diversas concepciones de la Historia, hasta convertirla, como alguien ha dicho entre nosotros, en un mito, o en un símbolo, como pretende Spengler, empeñado en introducir el relativismo en la Historia, aún después de su fracaso en el campo científico y, encubriendo con el aparato de su innegable cultura los paralogismos de su teoría del sino y la preponderancia de la intuición sobre la investigación.

Por fortuna, tan brillantes teorías están ya muy cerca del ocaso; la momentánea seducción que produjeron en algunos espíritus se ha de atribuir sin duda alguna a la parte de verdad que ellas encierran. Nunca el error se manifestó desnudo; ha tenido siempre que encubrirse para infiltrarse en nuestra mente. Y a la verdad, ¿cómo negar la influencia del espíritu del hombre en los sucesos de la Historia si es un principio palmario de psicología que las ideas gobiernan los actos? Enfocado así el asunto podríamos darle la razón a Hegel. No es menos cierto que el factor económico entra por mucho en la vida de los pueblos, pero de allí a concederle la primacía y a quererlo explicar todo por él, hay un abismo. Evolución y progreso hay, sin duda, en la Historia del hombre, pero ni una ni otro obedecen a leyes ineluctables y en el encadenamiento de los sucesos es manifiesto que el papel principal lo desempeña el libre juego de las pasiones humanas.

Convertir la Historia en Sociología es un yerro, pero también lo es reducirla, como por largo tiempo se ha hecho, al estudio de los hombres que, poseyendo una fuerte individualidad, se convirtieron en caudillos de pueblos o directores de un movimiento, dejando en la sombra a la masa, a la colectividad, a los grupos sociales, verdaderos autores de toda revolución y cuyos usos y costumbres, mentalidad y veleidades nos dan hoy la clave de muchos enigmas de la Historia. Finalmente, si bien esta no es obra de imaginación sino completamente objetiva no puede negarse que en la reconstrucción exacta del pasado puede la fantasía servir de mucho al historiador, supliendo la deficiencia de las fuentes y ayudándole a dar colorido y viveza al cuadro de los hechos pretéritos, medio borrado y desteñido por la acción destructora del tiempo. En este orden así como en el de las síntesis históricas tiene cabida esa intuición que en opinión de Spengler constituye la verdadera Historia.

Descartadas ya algunas de las falsas concepciones de esta rama del saber, vengamos, por fin, a dar de ella su verdadera definición. El lenguaje vulgar expresión fiel de la menos equívoca de todas las filosofías cual es la del sentido común tiene por sinónimos recordar un hecho pasado y hacer historia. Y, en efecto, sustancialmente, la Historia no es más que la recordación del pasado; sólo que este concepto adolece de falta de precisión. Rememorar un hecho cualquiera no es objeto de la Historia. Cuando el Geó-

logo describe las capas de la corteza terrestre nos da cuenta de un hecho remoto pero no podemos decir que hace Historia. A su vez, el que se contenta con narrar un suceso en su aspecto externo sin cuidarse de las causas que lo engendraron o bien nos refiere un hecho que no rebaza los límites de la esfera individual, tampoco en rigor se ocupa de Historia. Su objeto formal lo constituyen los hechos humanos acaecidos en tiempos más o menos distantes de nosotros cuya influencia se ha dejado sentir en la vida social o, por lo menos, han marcado un nuevo rumbo o dado un sello peculiar a la fisonomía del individuo. Pero como el conocimiento de estos hechos sería incompleto si prescindiésemos de su encadenamiento con los que han tenido lugar antes o después y el Historiador debe aspirar a una reconstrucción fiel, de ahí que la verdadera historia trate de investigar sus causas y de explicarse el por qué de la realidad misma con todas las modalidades que la acompañan. Así entendida surge en la edad moderna la verdadera ciencia histórica, que no tiene por fin enseñar o instruir a los contemporáneos, valiéndose de las lecciones del pasado sino, como decía Ranke, referir cómo han pasado las cosas. Sólo que para una labor en apariencia tan sencilla se requiere un trabajo a veces enorme.

Esta engañosa facilidad ha seducido a muchos y ha dado origen a esa multitud de aficionados a la historia, de aprendices de esta ciencia, cuyas dificultades no han podido apreciar porque no han pasado en el estudio de los hechos de la sobrehaz. Por lo mismo la visión que nos dan de ellos es incompleta y a las veces falsa. Para adentrarse en las reconditeces del ayer y dar de él una imagen en lo posible idéntica a la realidad, se hace preciso una investigación prolija de las fuentes, de los documentos, operación preliminar e indispensable que ha recibido el nombre de eurística y sin la cual no puede levantarse nada sólido. Pero aún dado que posea el historiador documentación abundante, aun suponiendo que no escaseen sus fuentes de información, necesita antes de servirse de ellas compulsarlas, discriminar su importancia, valiéndose para ello de las reglas de la crítica tanto externa como interna y sólo entonces podrá estar seguro de la verdad de su contenido.

Con buenos materiales la obra puede realizarse pero es necesario agruparlos, darles la cohesión que les falta, construir, en una palabra, el edificio y esta labor sintética es una de las más espino-

sas y en las que caben más engaños. Con frecuencia, aún poseyendo datos auténticos, nosotros los intrepretamos a nuestra voluntad y les hacemos decir lo que en realidad no dicen. Al recoger las impresiones que tales personajes o tales escenas del pasado producen en nosotros, nuestra imaginación reproduce sus contornos y se los representa, supliendo por la analogía con el presente o mediante una legítima deducción lo que falta en los documentos analizados. Y he aquí donde con más frecuencia se desliza el error. Todos a través de nuestros estudios habremos podido observar que muchas de las ideas e imágenes que hemos recogido al hojear los primeros libros de historia han sufrido una completa revisión con el tiempo y tal personaje que se nos antojó un héroe digno de admiración ha resultado después un zascandil. Igual cosa puede acontecer al historiador y para prevenirse contra estas desviaciones del propio pensamiento, hay que realizar una verdadera depuración mental, dándole al elemento subjetivo la menor parte posible. Esto es más necesario cuando se traza la biografía de un hombre ilustre. Es raro que el historiador no resulte sugestionado por su héroe y entonces aún sus más salientes defectos se le antojarán virtudes.

Labor constructiva, síntesis histórica de los hechos en el más amplio sentido de la palabra o si se prefiere, agrupación lógica y causal de los hechos, he allí otra de las etapas de la elaboración de la Historia, y aún nos queda la última, la exposición de esos hechos, la redacción, diremos, o narración de los mismos. Ese es ya el arte del escritor. Soltura en el manejo del idioma, habilidad para entretener los hilos de la narración, de modo que nunca decaiga el interés, fantasía para saber dar a las escenas que se describen el colorido necesario, todo esto exige esta etapa final. Si bien es cierto que el ropaje con que ha de vestirse la historia no ha de ser tan galano ni ostentoso como el que luce la poesía o el arte literario, pues no podrían sentar a tan grave matrona los atavíos y adornos de que ellas usan, con todo un decir castizo y una frase animada dicen muy bien con su condición.

Las conclusiones de lo expuesto son múltiples; sólo nos detendremos en algunas. Y ante todo, ¿la Historia es una ciencia? Hubo un tiempo en que se vertió mucha tinta sobre el asunto. Los discípulos de Kant, aplicando mal el principio aristotélico de que

no hay ciencia de lo particular, le negaron a la Historia ese carácter y se llegó hasta decir con Lacombe: "La Historia como Ciencia sólo es posible en cuanto prescinde de la Historia como realidad". Absurda paradoja, según la cual la ciencia de la Historia tendría por objeto negar la Historia. No vale la pena discutir el punto: la Historia es ciencia, por sus procedimientos y su método: lo es también, si se atiende a que no contenta con cerciorarse del hecho indaga sus causas y, además, porque su objeto es obtener de la realidad un conocimiento exacto, comprensivo, lo más adecuado posible y el verdadero saber no puede aspirar a más.

Mayor importancia tiene para nosotros esta otra deducción: sin ayuda de la eurística y de la crítica no puede haber historia. Sus progresos en la época moderna se deben precisamente a la perfección a que han llegado entrambas dentro del método histórico. Se dirá que esta es mera labor de erudición. En efecto, así es, pero sin ella no se hubieran producido los admirables trabajos de Gregorovius, Ranke, Mommsen, Janssen, Pastor en Alemania, de Fustel de Coulanges, Allard, Duchesne, Lavisse, de la Gorce, en Francia. Es frecuente, hemos dicho en otra ocasión, desdeñar la oscura labor de los eruditos, pero los que tal hacen ignoran o fingen ignorar que sin erudición no hay Historia. "La áspera opinión, dicen Langlois y Seignobos, de los que miran con lástima y se burlan de los análisis minuciosos de la crítica externa, no merece ser refutada. No hay más que un argumento para establecer la legitimidad e inspirar respeto hacia las oscuras labores de la erudición, pero es decisivo y es que son indispensables". Completaré esta reflexión, añadiendo, que nuestra deficiente cultura histórica, proviene precisamente de la escasa atención que se ha prestado a la eurística y la crítica o, lo que es más de lamentar, a la omisión imperdonable que se ha hecho de entrambas.

Pero, ya advertimos, que a esa labor previa de la búsqueda y selección de las fuentes, se ha de seguir la construcción histórica, operación sintética, no menos difícil que las anteriores y en la cual es preciso evitar un doble escollo, el de las generalizaciones prematuras y el de sustituir a la visión objetiva de la realidad la de la imagen que nosotros nos hemos formado. Con frecuencia tropeizamos, en los libros de historia, con frases como las siguientes: Era opinión corriente entonces. — Se había arraigado en los áni-

mos la idea. — Todos sentían así — y al ahondar un poco, descubrimos que esos todos se reducen a los tres o cuatro testimonios que vió el autor y la opinión corriente de aquel entonces no se extiende más allá de un pequeño grupo. Tal procedimiento no puede conducirnos sino a una falsa visión de la Historia. Cuando Lorente nos dice que Castelfuerte fué censurado generalmente, al ordenar el suplicio de Antequera o cuando Paz Soldán tacha a los Prelados que gobernaban estas Iglesias en la época emancipadora de antipatriotas, incurren en este error, por haberse documentado de un modo incompleto. Figura de tanta prestancia como la del Conde de Lemos, se la desfigura y achica al intento, por obra de algunos de nuestros pseudo historiadores y de los manuales al uso. Sustituir la realidad por la apreciación subjetiva es señal de ingenuidad e ignorancia o bien de maliciosa tendencia; defecto este último bastante visible en aquellos panegiristas del pasado incaico, para quienes el Tahuantisuyo fué una verdadera Arcadia, en donde como dijo nuestro Arona, traduciendo a Lucrecio.

Novel el mundo y en su edad florida  
ministraba el sustento sin medida.

Pero entremos ya en el punto arriba propuesto o sea en el estudio de las causas que han impedido el desenvolvimiento de la ciencia histórica entre nosotros. La primera, y una de las más graves a mi ver, es la propensión de nuestros escritores a convertir la historia en un género literario. En la producción histórica nacional, la literatura predomina a tal punto que con verdad puede decirse que a aquella la conocemos a través de ésta. Y el resultado no puede ser peor. Del período incaico un buen número no sabe más que las leyendas más o menos verosímiles, comenzadas a forjar ya en tiempos de Garcilaso; de la Colonia tenemos la visión que nos han dado los tradicionistas de toda laya y hasta de la República más se nos alcanza de los arrestos varoniles de Doña Pancha Zubiaga o de las malignas jugadas de Castilla que del desborde de las pasiones políticas de los caudillos. Hasta autores de buen juicio y de más que mediana preparación para el estudio serio, como Lavalle y Anibal Gálvez (la lista podría alargarse), han rendido tributo a esta viciosa inclinación, fruto, por una parte, de la pereza intelectual que nos caracteriza y nos retrae de emprender



tareas que exigen constancia y esfuerzo, y por otra, del prurito de llamar la atención, buscando el aplauso efímero del vulgo y malbaratando el talento en escarceos literarios que tienen por escarparte las columnas de una revista o de un periódico. Muchos buenos ingenios de nuestro país han venido a malograrse por ese deseo de volar antes de tiempo, dejando los libros para sentar cátedra en un diario o dar a la publicidad cuartillas que ha de sepultar el olvido.

Aun a nuestros más sesudos historiadores les picó más la curiosidad por lo anecdótico y llamativo y les faltó sentido crítico en la elección de las fuentes y visión sintética para la reconstrucción del pasado. A estos eruditos, como Mendiburu, Odriozola, Polo y aun al mismo Paz Soldán, les debemos agradecer, no obstante, la labor que se impusieron y de la cual estamos todavía recogiendo los frutos. Ellos tuvieron de la Historia un concepto diverso del que hoy nos hemos formado de esta disciplina y no podemos culparles de su retraso, porque en su época no ya en estos países pero aún en la culta Europa no se habían generalizado bastante sus progresos y, menos todavía, divulgado sus métodos.

Otra de las causas de nuestro retraso estriba en la enorme dificultad que es preciso vencer para documentarse sobre cualquier hecho histórico. Y ya lo hemos advertido, sin documentos no hay Historia. No siendo posible observar los hechos pretéritos, la única vía para reconstruirlos es el examen de sus huellas: éstas son los documentos. ¿Pero es que carecemos de ellos? No, por fortuna. Podrá ser que sobre un punto muy particular escaseen, pero, en general, podemos decir que abundan y es que nuestros antepasados, justo es reconocerlo, se cuidaban más de lo que nosotros pensamos de transmitir al papel los sucesos de que fueron testigos o actores. ¿De dónde, pues, proviene la dificultad? Sencillamente de la dispersión que nuestro acervo documental ha padecido y de la falta de inventarios, repertorios o catálogos que nos den noticia de la existencia y calidad de esos documentos. En cuanto a lo primero, es doloroso decirlo, pero no parece sino que en nuestro país no se conociera el valor de los papeles antiguos. Aprovechándose de esta circunstancia, viajeros y aún investigadores venidos de fuera nos arrebataron cuanto les vino a las manos y sólo cuando su demanda les puso precio se vino a caer en la cuenta de su valía,

mas no para conservarlos como una reliquia del pasado sino para traficar con ellos, cediendo al afán del lucro o exportarlos como mercancía codiciada allende la frontera.

No me refiero a lo que en día aciago para la Patria nos arrebatara injustamente el invasor, no; aun siendo mucho lo que entonces perdimos todavía es mayor la pérdida que nos ha ocasionado la incuria y dejadez en que han permanecido nuestros Archivos, si este nombre merecen los depósitos de papeles viejos, y la rapacidad de los mismos encargados de su custodia. Algo tarde se ha venido a poner remedio a este mal, pero para convencerse de ello basta recorrer los Archivos y Bibliotecas del extranjero o, sin salir de casa, leer los párrafos que Alberto Ulloa dedicó a nuestro Archivo Nacional en la Revista de Archivos. Así se comprende que hayamos perdido códices de tanto valor como los primeros libros de Cabildo del Cuzco, Guamanga y Chachapoyas, documentos que por pertenecer a entidades oficiales no podían enagenarse y muchos otros que enriquecían en otro tiempo las Bibliotecas de Lima y otras ciudades del Perú y de los cuales tenemos noticia por autores que, como Calancha, Fr. Diego de Córdoba Salinas, Eusebio de Llano Zapata y el Oidor D. Ambrosio Cerdán, los tuvieron en sus manos.

Tanto por sus informes como por los datos que suministran algunos inventarios antiguos o por el mero cateo de los restos que conservamos, puede sin exageración afirmarse que de haberse reunido los distintos fondos pertenecientes a los antiguos Tribunales, Cuerpos colegiados y Conventos supresos, sin excluir los Archivos Notariales, se hubiera podido formar en Lima una Colección tan rica e importante como la que se guarda en el Archivo General de Indias de Sevilla. Las ventajas para nuestra ciudad son manifiestas. Si hoy cuantos se dedican a la Historia Americana juzgan imprescindible una visita a la Casa Lonja, también por lo que toca a los países de Hispano-América, excepción tal vez de Méjico, habría sido obligatoria la venida a la Ciudad de los Reyes. Yo creo que las visitas de los hombres de estudio de todo el Continente Americano y de Europa al Archivo Nacional y a nuestras Bibliotecas nos reportaría más lustre y más utilidad que las frecuentes hoy de deportistas de todo género.

Y vuelvo a repetirlo no atribuyamos a la polilla, terrible enemigo ciertamente en nuestro clima, todo el daño y merma que han

sufrido nuestros Archivos y Bibliotecas. Mayores son los estragos causados por el abandono, la ignorancia y la exportación más o menos fraudulenta. La valiosa documentación que conservamos, desgraciadamente resulta todavía poco útil a los investigadores, ya sea por la carencia de Catálogos o Inventarios algo precisos, ya también por no estar metódicamente clasificados sus fondos. En estas condiciones es ímproba la tarea del que se propone esclarecer un punto ignorado de nuestra historia o asentar sobre base sólida el conocimiento del pasado. Aún los más animosos, por esta causa, se limitan a revolver unos cuantos libros impresos o rebuscar en algunas Colecciones de documentos y, claro está, no hacen más que repetir con ligeras variantes lo que ya sabíamos sobre la materia. Hace muy poco, el historiador boliviano Alcides Argüedas, decía en una reunión de la Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires: "La falta de Archivos y Bibliotecas bien clasificados hace que el historiador en Bolivia tenga que organizar él mismo su Archivo y su Biblioteca; que sea él quien deba ocuparse de buscar datos, ir en pos de papeles, folletos, diarios y demás documentos, cosa que quita un tiempo incalculablemente precioso y eterniza una labor. De modo que hacer Historia en Bolivia es algo tan difícil y complicado que ya la simple labor de ensayo resulta un esfuerzo meritorio que jamás pueden medir ni calcular quienes creen o se imaginan que sea éste un trabajo sencillo y al alcance de cualquiera..." ¿No podíamos decir algo parecido del Perú?

A las causas enumeradas hay que añadir otras dos: la equivocada orientación del estudio de la Historia Patria y la falta del apoyo oficial. Hasta fines del pasado siglo nos hallábamos en situación parecida a la de Francia por lo que hace al estudio de la Historia del Perú. Dentro del plan seguido entonces se la consideraba como una materia accesoria. Las reformas que sobrevinieron le otorgaron mayor importancia y, por afán nacionalista, se llegó al exceso de crear un curso de Historia de los Límites del Perú que luego acertadamente se suprimió. En los planes vigentes no se halla, pues, postergada, nuestra Historia. Pero ¿cómo se estudia? En Primaria, desde el primero hasta el quinto año, hay cursos de la misma, adoptándose el sistema cíclico. El alumno ve, año tras año, desfilar ante sus ojos los mismos o parecidos cuadros, idénticos personajes; resuenan en sus oídos iguales fechas, pero en esta

rotación es muy fácil que todo se reduzca a mera repetición de lo ya sabido, originando el fastidio o lo que es peor, se produzcan conflictos de ideas por no estar de acuerdo las enseñanzas y apreciaciones de un maestro con los de otro. El resultado es que, siendo el programa del quinto año, tan extenso y prolijo, que yo me daría por satisfecho si alumnos de la Universidad pudiesen responder totalmente al mismo, los que egresan de la escuela primaria saben, generalmente, muy poco de nuestra Historia y no sacan de su aprendizaje un concepto que robustezca su patriotismo. En la Enseñanza Media a la Historia del Perú se le conceden tres años de estudio y, nuevamente, se recorren los cuatro periodos en que ella se divide, pero, fuera de que nos parece poco acertado el orden en que se estudian, lo recargado de los programas, el sistema de enseñanza y la calidad de muchos de los libros de texto, contribuye también a restar ineficacia a su estudio y a hacer que el estudiante no le cobre afición. Se comienza por el estudio de las culturas preincaicas e incaica, es decir, por la Prehistoria que, como ya dijimos, no es Historia. Por la razón dicha no pueden citarse hechos concretos y hay que penetrar en el laberinto de las hipótesis y en el estudio, más o menos probable, de las manifestaciones culturales de los antiguos pobladores del Perú, todo lo cual por su índole abstracta y lenguaje forzosamente científico no se acomoda a la mente infantil de los alumnos de Primer Año. "Es un axioma en pedagogía de la Historia, dicen Langlois y Seignobos, buscar en su enseñanza los objetos y procedimientos que mejor conduzcan a la fácil comprensión de los fenómenos sociales. De ahí que antes de admitir un hecho, habrá que preguntarse si podrá servir para el intento y si se dispone de medios bastantes para que el alumno lo vea y entienda. Por consiguiente se ha de descartar todo lo que es poco instructivo o complicado hasta dificultar su comprensión o tan indeterminado que carazcamos de medios para hacerlo inteligible". Todo esto, sin quitar una sílaba, puede aplicarse a la Historia del Perú Antiguo; de ahí que en mi opinión, y en la de otros muchos habría que reservar su estudio para los cursos superiores, dando comienzo por el estudio de la Conquista, ameno e interesante y con el cual, lógicamente, empieza el verdadero Perú, nacido de la fusión de dos razas la conquistadora y la conquistada.

Mas no es este el mayor tropiezo. Los Programas de Instrucción Media son, a juicio de todos, recargadísimos; no hay tiempo material para prepararlos y la consecuencia la sufren todas las asignaturas, prendidas, puede decirse, con alfileres, en la mente de los niños. Dentro de un solo curso, hay que señalar este defecto y la Historia del Perú se resiente del mismo. A su exagerada extensión se añade el entremezclar preguntas que corresponden a la Historia de América o a la Historia Literaria del Perú u otras que exigen conocimientos que están por encima de la generalidad de los alumnos. Si al estudiar el período de la emancipación o el de la República urge referirse a hechos pertenecientes a la Historia Americana, ello nos indica que el estudio de ambas Historias se ha de hacer paralelamente, a fin de evitar repeticiones y apreciar mejor las diferencias entre nuestro propio desenvolvimiento y el de las naciones hermanas. En cuanto al método, ya la sabemos; en casi todas partes se reduce al fatigoso memorismo o al embrutecedor de escribir al dictado, por falta de texto. El alumno, contra todo lo que enseña la pedagogía, permanece inactivo y no puede cobrar gusto a lo que tan sólo le brinda trabajo, sin despertar su interés. Sin proscribir el texto, siempre que sea bueno y entre nosotros muchos debían sujetarse a una severa revisión, la Historia del Perú y cualquiera otra se ha de enseñar objetivamente y alumno y profesor han de colaborar unidos, valiéndose el primero del libro, tan sólo para ayudar la memoria y supliendo el segundo, con grabados, mapas, croquis, sinopsis y, sobre todo, lecturas escogidas y breves explicaciones lo que es preciso añadirle. Por las razones apuntadas nuestros jóvenes, con escasas excepciones, terminan la Instrucción Media, con someras y vagas noticias de la Historia Patria y llegan a la Universidad mal preparados para el estudio superior, como lo hacía constar un distinguido catedrático de San Marcos y, de consiguiente, sin entusiasmo por el mismo.

“La Universidad, decía el Sr. Simonena, Catedrático de la Universidad de Madrid, tiene dos funciones: la preparación profesional y la función de investigación y yo me atrevo a afirmar que la inferioridad de las Universidades españolas con respecto a las Universidades extranjeras está precisamente en que la preparación profesional es incompleta y la organización de la investigación casi puede decirse que no existe”. Estas palabras, dichas poco antes

de la Reforma de la Facultad de Letras en la Universidad Central, ¿no podían aplicarse, hablando sinceramente, a nuestras Universidades? En efecto, la Universidad, como lo expresa también la Ley Gentile, tiene por objeto promover el progreso de la ciencia y dar la cultura científica necesaria al profesional. Sintetizando podíamos decir que su fin es la especialización, porque para investigar es preciso circunscribir el campo de nuestros conocimientos y el ejercicio de una profesión determinada ya es una especialización. A las Facultades de Letras les corresponde, sin duda, el papel de laboratorios de investigación y sus planes tienen la mira puesta en este blanco. Sólo el Perú constituye una excepción. Nuestra Facultad dedica dos años a la cultura general y otros dos a la especialización. Entre la enseñanza media que tiene por objeto dar esa cultura general y la Universidad se ha colocado un puente innecesario. Si la formación en el ciclo secundario de estudios es deficiente, póngase el remedio, pero no se confíe a la Universidad el encargo de subsanar errores ajenos. Dentro de este plan el alumno que ingresa a Letras, vuelve nuevamente a estudiar Historia del Perú y por tercera vez ha de correrse ante sus ojos el panorama de nuestro pasado. Se piensa que en cada una de estas etapas se habrá ganado en profundidad, pero ¿cómo es posible hacer un curso intensivo si el alumno tiene que preparar simultáneamente siete u ocho asignaturas y carece, además, de la formación necesaria?

Se olvida, por otra parte, con demasiada frecuencia que el estudio de la Historia exige métodos totalmente distintos de las otras ciencias y que no es posible ninguna investigación seria sin un curso previo de metodología y crítica que allane las dificultades, penosas siempre para los que se inician. Nada de esto hallamos en los planes de la Facultad, pues por razones obvias no se puede decir que se suple la falta con el curso de Fuentes de la Historia del Perú, reservado para el tercer año. La necesaria conclusión, confirmada todos los días por la práctica, es que no se logra promover el conocimiento científico de nuestra Historia, no se contribuye a su progreso y no se forman investigadores.

En todas partes y mucho más en nuestro país el apoyo oficial es necesario, tanto para el fomento de la enseñanza como para el trabajo científico. Por falta del mismo muchos buenos ingenios, consagrados al estudio, han visto frustrados sus nobles deseos o

han dejado inéditos o inconclusos los frutos de sus vigiliás. Allí están los trabajos de Barranca, Villar, Valdizán, Polo y otros que no me desmentirán.

Este apoyo se ha de ejercer, primeramente, dotando a las Bibliotecas, Archivos, Centros de Estudio e Institutos Históricos de todos los medios para su perfecto desenvolvimiento y de personal apto para su acertada dirección. Ahora bien, nosotros estamos muy lejos de una honrosa medianía en esta parte. Lima podía contar con la Biblioteca más rica de este continente, porque, como se ha probado, muchos y muy buenos libros vinieron desde tiempos lejanos a enriquecer sus librerías y, vergüenza es confesarlo, hoy ocupa un lugar muy bajo con relación al de otros países de América. El por qué de su inferioridad puede explicarse diversamente, pero una de las causas fundamentales es la exigüidad de su presupuesto, diez veces menor que el de la Nacional de Bogotá, por no citar otras que acentuarían la diferencia.

En segundo lugar, el Estado debe favorecer la producción histórica, sea patrocinando la publicación de manuscritos valiosos o Colecciones de Documentos, sea prestando apoyo a los autores de reconocido mérito. Así se hace en todas partes. Para muestra básteme citar la ley del Congreso Argentino de 1934, aprobando el proyecto del Ejecutivo que destina 175,000 pesos para la Historia de la Nación. Entre nosotros alguno calificaría de derroche semejante medida, pero no se piensa así en el Plata, como tampoco ha parecido supérfluo al Ministerio de Educación de Colombia el gasto que demandaba la *Biblioteca Aldeana*, divulgadora de las obras de autores nacionales y que en poco más de dos años ha sacado a luz cerca de 300 volúmenes. De nuestro lado si el Gobierno de Castilla hizo publicar las Memorias de los Virreyes y el de Prado encargó a Lorente las completase, así como el de Pézet patrocinara la Colección de Documentos de Odriozola, el ejemplo no ha tenido imitadores después. Todos sabemos a qué se reduce la literatura oficial en la que no dejan de invertirse gruesas sumas. Esos escritos, presentados a veces con lujo y destinados a poner de realce la labor administrativa de los gobernantes o disponer el ambiente en su favor, tienen, por fuerza, una resonancia efímera y un nuevo estado de cosas los arroja al fondo de los estantes o a los anaqueles de los baratilleros o revendedores de libros.

El libro nacional, como sus autores, necesita protección, aunque no sea más que para defenderlo contra el acaparamiento que el libro extranjero ejerce en nuestro mercado, con perjuicio de nuestra economía y, muchas veces también, del buen gusto y de la sana moral, porque la mercadería libresca con frecuencia o es pura bazofia, apta tan sólo para revolver los bajos fondos humanos o versiones hechas en tan pésimo castellano que echan a perder el lenguaje. La observación se dirige también a los lectores, porque también les corresponde a ellos favorecer a los escritores nacionales, proscribiendo la única forma de adquirir entre nosotros los libros que se publican, o sea aguardar a que el autor nos los obsequie.

En resumidas cuentas, el escritor nacional no sólo ha de formarse a si propio y buscar los materiales que necesita sino que además ha de emplear su caudal en la edición de sus obras, sin esperanza de ver resarcidas sus fatigas y sus expensas. Paz Soldán, Odriozola, Zegarra, Lavalle, Vargas, Larrabure, no sólo fueron autodidactos sino que hubieron de formar copiosas librerías y, sobre dedicar sus ocios a la tarea del escribir, gastaron no poco en la publicación de sus trabajos. Tal estado de cosas no es un aliciente para el estudio de la Historia.

¿Y hemos llegado a medir las consecuencias que de ello se derivan? Creo que no y precisamente por eso no se ha puesto empeño en remediarlo. No me voy a extender en citarlas todas, pero deseo hacer hincapié en algunas. A mi modo de ver una de las primeras y más fatales es esa carencia de noble altivez y de legítimo orgullo que cada cual debe sentir, al reconocerse ciudadano de su patria. Desconociendo lo bueno que hay en ella, no teniendo aprecio por los hombres que la han ilustrado, poseyendo una visión imperfecta de su Historia y de la misión que en el concierto de los pueblos le corresponde, ¿cómo enorgullecerse de haber nacido en su suelo y de estar destinado a contribuir a sus destinos? "No saber lo de fuera, decía el cronista Lorenzo Galindez de Carvajal, no es culpa, aunque saberlo sea loable, pero no saber lo que pasó en la propia patria es no sólo culpa más torpeza". Y sobre torpeza, signo de decadencia, añadimos nosotros, porque si la pérdida de la memoria es síntoma de debilidad senil, el olvido de la Historia



es señal de agotamiento del civismo, porque la Historia es la memoria de los pueblos.

Frutos de esa ignorancia han sido la vacilación con que hemos defendido en ocasiones nuestro derecho y los funestos cambios de nuestra política internacional que han venido a dar armas a los contrarios y ha debilitado nuestra defensa; ese aprecio exagerado que raya a veces en lo ridículo, por no decir en la bajeza, por todo lo extranjero, olvidando los propios valores y concediéndoles una preferencia que nada justifica y de la cual los primeros en extrañarse son los que hacemos objeto de ella; ese abandono en que yacen los monumentos del pasado y por cuya conservación no se hace el menor esfuerzo, siendo así que muchos otros países nos los envidian; esa falta, en fin, de una robusta conciencia nacional, que sirva como la conciencia del yo a acentuar nuestra personalidad como pueblo y mantenernos muy lejos de todas esas quiméricas reformas en donde más o menos claramente se esfuma el concepto de patria.

Seamos corteses, si, hospitalarios y huéspedes amables de cuantos nos visitan o se acogen al amparo protector de nuestras leyes, pero no descendamos tanto que, por atender a los de fuera, demos al desprecio las auténticas y reales figuras que nos ennoblecen. No llevemos nuestro orgullo de raza a la necia exageración de que hoy hacen gala algunos pueblos germanos, pero si tal actitud nos merece censura y contradice a nuestros hábitos de amplia convivencia social, condenemos también la preterición injusta de las glorias patrias y la indiferencia con que miramos derrumbarse los monumentos del pasado.

"Pero, la Historia de un pueblo, dice H. Massis, no la constituyen tan sólo una serie de hechos que se suceden a través del tiempo; es también una serie de ideas que se encadenan y se graban en lo más hondo de las almas. Es necesario que un pensamiento, que un principio circule por ellas y se desenvuelva a través de los sucesos y les dé un sentido". Ese pensamiento, ese principio, es la misión histórica de la nación. ¿Podríamos aspirar a definirla? Juzgo que valdría la pena, porque así se lograría dar unidad a nuestra Historia y orientar nuestra actitud.

Esa idea es la que guía a Pizarro al poner los pies en Tumbes: incorporar estos pueblos a la civilización hispana; ese princi-

pio es el de realizar la fusión de dos razas, la aborigen y la conquistadora, sirviéndole de lazos la religión, las leyes, la lengua, las costumbres y las artes, de abolengo hispánico pero con matices indios allegados aquí. Nuestra Historia, por lo mismo, no empieza en el período incaico ni tiene su origen en el Tahuantisuyo, aunque de allí arranque uno de sus elementos. La Patria es una y el Imperio no alcanzó a unificar a sus súbditos; la Patria, diré con Ramiro de Maeztu, es espíritu y el Tahuantisuyo carecía de él. Por eso fué rápida su desaparición.

“La Historia de Méjico, ha escrito Vasconcelos, empieza como un episodio de la gran Odisea del Descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo. Antes de la llegada de los españoles, Méjico no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el profundo abismo de trecientos dialectos. Los aztecas dominaban apenas una zona de la meseta, en constante rivalidad con los tlaxcaltecas; al occidente los tarascos... al sur los zapotecas... ninguna idea nacional emparentaba las castas; todo lo contrario, la más feroz enemistad alimentaba la guerra perpetua que sólo la conquista española hizo terminar”. En el fondo, no era muy diversa la situación del Perú, antes de 1532. Por eso cuando Benalcázar entró en Quito y Peranzúrez de Camporedondo en Chuquisaca, las rivalidades y luchas que dividían a los de Quito y el Cuzco, a los collas y quechuas, a los chimus y cajamarcas se extinguieron y bajo un mismo régimen surgió el Gran Perú, desde las orillas del Maule hasta el río de San Juan.

Tan absurdo sería buscar el origen de Francia entre los antiguos druidas o los celtas como el de España en las colonias fenicias del Mediterráneo, las cartaginesas de la Bética o los grupos iberos; Francia nace en el baptisterio de Reims, cuando Clovis recibe el bautismo de manos de San Remigio y comienza a producirse la infusión del espíritu germánico en la cultura latina de la Galia y España surge en el III Concilio de Toledo, cuando con la conversión del monarca se establece entre gobernantes y gobernados “aquel lazo espiritual que unió a todos sobre la misma tierra y en la misma esperanza”. No de otra manera los albores de nuestra Patria los hemos de encontrar en los orígenes de la Conquista, cuando ante la Cruz de Valverde y la espada de Pizarro ceden los ídolos gentílicos y las instituciones incaicas.

El Perú virreinal, el gran Perú debió mantener su unidad por lo menos hasta el estuario de los afluentes del río de la Plata. Los Reyes con criterio equivocado lo juzgaron demasiado vasto y a pesar de las atinadas reflexiones de hombres más perspicaces, como el Virrey Guirior, se desmembró primero a Quito y más adelante todo el Alto Perú. Bolívar, forjador de la Gran Colombia, comprendió el peligro que entrañaba para los nuevos estados su dispersión y, deseando poner remedio a un mal que él mismo había agravado con la anexión de Guayaquil y la creación de Bolivia, concibió demasiado tarde su proyecto de una Confederación Americana. Otro estadista de genio, Santa Cruz, resolvió también unir dos pueblos que no debieron separarse, pero de un lado errores de procedimiento, de otro falta de elevación patriótica en sus contemporáneos, deshicieron su plan. La Historia, sin embargo, se repite y una confederación de los países del Pacífico no es una utopía irrealizable sino un ideal posible de alcanzar.

En toda hipótesis, a nuestra Patria le corresponde ser la mantenedora de una tradición, de ese *espíritu* en que estriba la fuerza de una nación y es como el alma de la Patria. Llamado a ser el Perú, desde sus comienzos la metrópoli de esta parte de la América, le cupo recibir con más afluencia la savia vivificadora de la cultura hispánica; asiento, además de uno de los más avanzados y poderosos señoríos de la época Precolombina, disfrutó el privilegio de aportar a la creación de la nacionalidad dos vigorosos elementos. No lo olvidemos y, combatiendo el pesimismo que pudiera invadirnos al fijar la vista en los errores del pasado, contribuyamos a reafirmar el concepto de Patria, inspirándonos en la tradición, en los valores auténticos sobre que se asienta nuestra grandeza y con clara conciencia de nuestra misión histórica trabajemos porque ella se cumpla.

Lima, 1938.

Rubén VARGAS UGARTE, S. J.